

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Traducción: José A. Fernández

Primera edición, 1980
Segunda edición, 1980
Tercera edición, 1989
Cuarta edición, 1990
Quinta edición, 1993
Sexta edición, 1996
Séptima edición, 1997
Octava edición, 1999
Novena edición, 2001
Décima edición, 2002

© EDITORIAL ANDRÉS BELLO
Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile
www.editorialandresbello.cl
info@editorialandresbello.cl

Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 97.217, año 1996
Santiago - Chile

Ilustraciones de Thomas Gerber
Ilustración de Portada de Antonio Castell Rey

Se terminó de imprimir esta décima edición
de 2.000 ejemplares en el mes de junio de 2002

IMPRESORES: Productora Gráfica Andros Ltda.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 956-13-1081-3

ÓSCAR WILDE

EL GIGANTE EGOÍSTA Y OTROS CUENTOS

UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Medicina
Biblioteca Central
REGISTRADO

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

Barcelona • Buenos Aires • México D.F. • Santiago de Chile

723
W671g
10a ed
2002
c.1

EL GIGANTE EGOÍSTA



Todas las tardes, al volver del colegio, tenían los niños la costumbre de ir a jugar al jardín del gigante.

Era un amplio y hermoso jardín, con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allí lindas flores entre la hierba, como estrellas, y había doce melocotoneros que, en primavera, se cubrían con una delicada floración blanquirrosada y que, en otoño, daban hermosos frutos. Los pájaros posados sobre los árboles cantaban tan hechiceramente, que los niños interrumpían habitualmente sus juegos para escucharlos.

—¡Qué dichosos somos aquí! —se gritaban unos a otros.

Un día volvió el gigante. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, y vivido siete años con él. Al cabo de los siete años dijo todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió regresar a su castillo. Al llegar vio a los niños jugando en su jardín.

—¿Qué hacéis aquí? —les gritó con voz agria. Y los niños huyeron, corriendo—. Mi jardín es mi jardín —dijo el gigante—. Todos deben entenderlo así, y no permitiré que nadie más que yo juegue con él.

Lo cercó entonces con un alto muro y puso este cartel:

PROHIBIDA LA ENTRADA
*Se procederá judicialmente
contra los transgresores.*

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían ahora sitio donde jugar.

Intentaron hacerlo en la carretera, pero la carretera estaba muy polvorienta, toda llena de agudas piedras, y no les gustó.

Tomaron la costumbre de pasearse, una vez terminadas sus lecciones, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

—¡Qué felices éramos ahí! —se decían unos a otros.

Entonces llegó la primavera, y en todo el país hubo pajaritos y florecillas.

Sólo en el jardín del gigante egoísta continuaba siendo invierno.

Los pájaros, desde que no había niños, no tenían interés en cantar, y los árboles olvidábanse de florecer.

En cierta ocasión una bonita flor levantó su cabeza sobre el césped, pero al

ver el cartelón se entristeció tanto pensando en los niños, que se dejó caer de nuevo en tierra, volviéndose a dormir.

Los únicos que se alegraron fueron el Hielo y la Nieve.

“La primavera se ha olvidado de este jardín —exclamaban—; gracias a esto viviremos en él todo el año.” La Nieve extendió su gran manto blanco sobre el césped, y el Hielo pintó de plata todos los árboles. Entonces invitaron al Viento del Norte a que viniese a pasar una temporada con ellos, y él vino.

Estaba envuelto en pieles, y bramaba durante todo el día por el jardín, derribando chimeneas.

—Este es un sitio delicioso —decía—. Diremos al Granizo que nos haga una visita.

Y llegó el Granizo. Todos los días, durante tres horas, tocaba el tambor sobre la techumbre del castillo hasta que rompió muchas pizarras, y entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín, corriendo lo más de prisa que pudo. Iba vestido de gris y su aliento era como hielo.

—No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar —decía el gigante egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín blanco y frío—. ¡Espero que cambie el tiempo!

Pero la primavera no llegaba nunca, ni el verano tampoco.

El otoño trajo frutos dorados a todos los jardines; pero no dio ninguno al del gigante.

—Es demasiado egoísta —dijo.

Y era siempre invierno en casa del gigante, y el Viento del Norte, el Granizo, el

Hielo y la Nieve danzaban en medio de los árboles.

Una mañana, el gigante, acostado en su lecho, pero despierto ya, oyó una música deliciosa. Sonaba tan dulcemente en sus oídos, que le hizo imaginarse que el rey de los músicos pasaba por allí. En realidad, era un jilguero que cantaba ante su ventana, pero como no había oído a un pájaro en su jardín hacía tanto tiempo, le pareció la música más bella del mundo. Entonces el Granizo dejó de bailar sobre su cabeza, y el Viento del Norte de rugir, y un perfume delicioso llegó hasta él por la ventana abierta.

—Creo que ha llegado, al fin, la primavera —dijo el gigante; y saltando del lecho, se asomó y miró afuera. ¿Qué fue lo que vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Por una brecha abierta en el muro los niños habíanse deslizado en el jardín, encaramán-

C-7



dose a los árboles. Sobre todos los árboles que alcanzaba él a ver había un niño. Y los árboles sentíanse tan dichosos de sostener nuevamente a los niños, que se habían cubierto de flores, y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles. Los pájaros revoloteaban de unos para otros, cantando con delicia, y las flores reían irguiendo sus cabezas sobre el césped. Era un bello cuadro; sólo en un rincón seguía siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan pequeño era, que no había podido llegar a las ramas del árbol, y daba vueltas a su alrededor llorando amargamente. El pobre árbol estaba aún cubierto por completo de hielo y de nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía por encima de él.

—¡Sube, pequeño! —decía el árbol, y le tendía sus ramas, inclinándolas todo

cuanto podía; pero el niño era demasiado pequeño. El corazón del gigante se enterneció al mirar hacia afuera.

“¡Qué egoísta he sido! —se dijo—. Ya sé por qué la primavera no ha querido venir aquí. Voy a colocar a ese pobre pequenuelo sobre la copa del árbol y luego derribaré el muro, y mi jardín será ya siempre el sitio de recreo de los niños.”

Estaba verdaderamente arrepentido de lo que había hecho.

Bajó las escaleras, abrió nuevamente la puerta con toda suavidad, y entró en el jardín.

Pero cuando los niños le vieron se quedaron tan aterrorizados que huyeron, y el jardín se quedó otra vez como en invierno.

Únicamente el niño pequeñito no había huido, porque sus ojos estaban tan llenos de lágrimas, que no vio venir al gigante.

x

Y el gigante se deslizó por su espalda, lo cogió cariñosamente con sus manos y lo depositó sobre el árbol. Y el árbol inmediatamente floreció; los pájaros vinieron a posarse y a cantar sobre él, y el niño extendió sus brazos, rodeó con ellos el cuello del gigante y lo besó. Y los otros niños, viendo que ya no era malo el gigante, se acercaron corriendo, y la primavera volvió con ellos.

—Desde ahora éste es vuestro jardín, pequeñuelos —dijo el gigante, y, cogiendo un hacha muy grande, echó abajo el muro.

Y cuando la gente pasó al mediodía hacia el mercado, vio al gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que habían visto nunca.

Estuvieron jugando durante todo el día, y al caer la noche fueron a decir adiós al gigante.

—Pero..., ¿dónde está vuestro compañero —les preguntó—, ese chiquillo que subí al árbol?

A él era a quien quería más el gigante, porque le había besado.

—No sabemos —respondieron los niños—; se ha ido.

—Decidle que venga mañana sin falta —repuso el gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían dónde vivía y que no le habían visto nunca hasta entonces, y el gigante se quedó muy triste. Todas las tardes, a la salida del colegio, venían los niños a jugar con el gigante. Pero ya no se volvió a ver al pequeñuelo a quien quería tanto. El gigante era muy bondadoso con todos los niños, pero echaba de menos a su primer amiguito y hablaba de él con frecuencia.

—¡Cuánto me gustaría verle...! —solía decir.

Pasaron los años, y el gigante envejeció mucho y fue debilitándose. Ya no podía tomar parte en los juegos; permanecía sentado en un gran sillón viendo jugar a los niños y admirando su jardín.

—Tengo muchas flores bellas —decía—; pero los niños son las flores más bellas de todas.

Una mañana de invierno, mientras se vestía, miró por la ventana. Ya no detestaba el invierno; sabía que no es sino la primavera adormecida y el reposo de las flores. De pronto se frotó los ojos atónito y miró y miró. Realmente era una visión maravillosa. En el rincón más apartado del jardín había un árbol completamente cubierto con flores blancas. Sus ramas eran todas doradas, y colgaban de ellas frutos de plata, y debajo estaba, en pie, el pequeño, a quien quiso tanto.

El gigante se precipitó por las escaleras con gran alegría, y entró en el jardín. Corrió por el césped y se acercó al niño. Y cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de cólera y exclamó:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

Pues en las palmas de las manos del niño y en sus piecitos veíanse las señales de dos clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el gigante—. Dímelo. Iré a coger mi gran espada y lo mataré.

—No —respondió el niño—; éstas son las heridas del Amor.

—¿Quién eres? —dijo el gigante, y un extraño temor le invadió, haciéndole caer de rodillas ante el pequeño.

Y el niño sonrió al gigante y le dijo:

—Me dejaste jugar una vez en tu jardín; hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al gigante tendido, muerto, bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.



EL FANTASMA DE CANTERVILLE

(Narración hilo-idealista)

I



Cuando míster Hiram B. Otis, el ministro de los Estados Unidos, adquirió el castillo de Canterville, todo el mundo le dijo que cometía una necesidad, porque aquella finca estaba embrujada. Incluso el propio lord Canterville, caballero de la más escrupulosa honradez, se creyó en el deber de advertírselo a míster Otis cuando trataron de las condiciones.

—Nosotros mismos —dijo lord Canterville— nos hemos resistido en absoluto a vivir allí desde la época en que mi tía-